

PLAUTO

COMEDIAS

II

LA COMEDIA DE LA ARQUILLA - GORGOJO -
EPÍDICO - LOS DOS MENECSOS - **EL MERCADER*** -
EL MILITAR FANFARRÓN -
LA COMEDIA DEL FANTASMA -
EL PERSA



EDITORIAL GREDOS

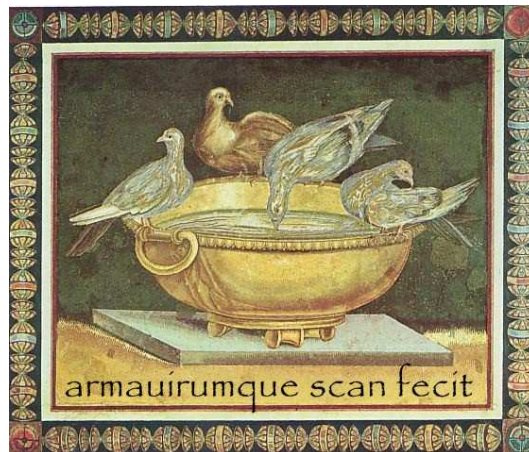
* [Aunque el libro está conformado por todas las obras señaladas, en las versiones digitales aparecerán de obra en obra.
Nota del escaneador]

Asesores para la sección latina: JOSÉ JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JOSÉ ANTONIO ENRÍQUEZ GONZÁLEZ.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1996.



Depósito Legal: M. 9221-1996.

ISBN 84-249-1497-X. Obra completa.

ISBN 84-249-1801-0. Tomo II.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1996.-6800.



EL MERCADER

(Mercator)

INTRODUCCIÓN

La lectura del *Mercator* nos deja la impresión de que es una obra menos «plautina» que las otras comedias de Plauto: excesiva lentitud de la acción, falta casi absoluta del elemento cómico, monólogos lacrimógenos, diálogos reiterativos, en los que los personajes hablan y hablan sin que avance por ello el curso de la acción. ¿No estaría en este caso justificado el temor de que la gente empiece a levantarse e irse¹? Al menos, de que se duerma sí que lo tiene el poeta: «¿Es que tienes miedo de despertar al público de su sueño?», le dice Acantión a Carino en el v. 160.

¿No será la culpa del poeta griego? Esta vez se nos dice en el prólogo (que va a cargo de Carino, el joven héroe de la pieza) el título del original griego y su autor: el *Émporos* de Filemón, poeta de Siracusa que alcanzó casi la edad de cien años (361-263/262 a. C.) y que venció repetidas veces en concursos literarios a Menandro, a pesar de estar considerado como inferior a él²; Plauto utilizó también su *Thesauros* en el *Trinumus* (*Trinumus* 18 y sigs.), y quizá su *Phasma* en la *Mostellaria*.

El tema, un padre rival de los amores del hijo, se conoce por otras obras de Plauto —*Asinaria*, *Cásina*—, aunque hay que conceder que su realización dramática queda en este caso por debajo de las otras dos. El joven Carino, reprendido duramente por su padre a causa de su vida de disipación, se decide a poner fin a sus amoríos y a marcharse a negociar con un barco a Rodas, y lo hace con tanto éxito que se ve pronto en posesión de cuantiosas ganancias. Pero vuelve allí a las andadas y se enamora de una muchacha de gran belleza, Pasicompsa, la compra y se la lleva consigo a su vuelta a la patria. De nuevo el problema con el padre: ¿qué dirá al verla? Demifón la ve ya en el barco y queda perdidamente enamorado de ella. Acantión, fiel esclavo y compañero de Carino, sale por lo pronto del paso contándole que se trata de una esclava que Carino trae de regalo para su madre. Pero Demifón decide que ha de ser vendida a un viejo del que él ha recibido ese encargo. Lisímaco, un viejo vecino y amigo de Demifón, se ocupará de realizar la compra, accediendo también a alojar a la muchacha por el momento en su casa, con ocasión de que su mujer está en el campo. Carino cae en la mayor de las desesperaciones al oír de su amigo Eutico, hijo del vecino Lisímaco, la noticia de la venta real de Pasicompsa y decide marcharse al destierro. Eutico se da a su búsqueda, y al volver desalentado por no poderla encontrar ve a su madre que ha vuelto inesperadamente del campo y que sospecha lo peor al enterarse de la presencia de la joven en su propia casa. Al final se soluciona todo: Doripa se deja convencer de que Pasicompsa no es sino la amada de Carino y cesa en su furia contra su marido Lisímaco; Demifón se ve obligado a renunciar a su malvado propósito, y Pasicompsa vuelve al enamorado Carino.

En una exposición de los diversos juicios crípticos sobre el *Mercator* que P. J. Enk ofrece en la introducción de su comentario a la obra (págs. 22 ss.) pueden oírse toda clase de tonos, desde los más bajos a los más altos. Con todo, no es el *Mercator*, por lo general, una pieza muy apreciada entre las plautinas. Aunque también es verdad que, dejando aparte su lentitud, no le falta el encanto de los diálogos bien contruidos —por ejemplo, el de Lisímaco y Pasicompsa, con su contraste entre las ingenuas palabras de la muchacha y los dobles sentidos y resabios del viejo—. Famoso es también el monólogo del sueño de Demifón (vv. 225-255), tan discutido en cuanto a su relación con el sueño de *Rudens* 593-612 y con el modelo griego (creación plautina según Fraenkel, traducción

¹ Vid. vol. I, introducción general, pág. 14.

² QUINTILIANO, *Inst. Oral.* X 1, 72; *Philemon, qui ut prave sui temporis iudiciis Menandro saepe praelatus est, ita consensu tamen omnium meruit credi secundus*; Cf. también AULO GELIO, XVII 4, 1; APULEYO, *Flor* 16.

del original según Enk).

El responsable de que el *Mercator* sea como es parece ser a todas vistas Filemón, el autor del *Émporos*; el *Mercator* es más una comedia griega que plautina; más que crear, como otras veces, lo que ha hecho Plauto aquí ha sido traducir.

Enk resume la larga problemática sobre la fecha de composición del *Mercator* atribuyéndolo a una época cercana a la de la *Asinaria*, y concluye que ambas comedias cuentan entre las más antiguas de Plauto —ambas se caracterizan, entre otras cosas, por su escasez de partes líricas.

El *Mercator* apenas ha tenido resonancia en la literatura posterior.

ARGUMENTO I

Un joven, a quien su padre había enviado a un viaje de negocios, compra y lleva a su patria a la vuelta a una muchacha muy linda. Al verla, pregunta el viejo quién es, y el esclavo se inventa que su joven amo la ha comprado como esclava para la madre. El viejo se enamora de ella, hace como que la vende y se la entrega a un vecino; la mujer de éste se piensa que le han metido una amiga en su casa. Un amigo del joven Carino le hace desistir a éste de su propósito de marcharse al destierro tras encontrar a su amiga.

ARGUMENTO II

Viendo la vida de disipación que lleva su hijo, decide el padre mandarlo a un viaje de negocios. Allí, en el extranjero, se enamora de la esclava de un amigo y la lleva consigo a su vuelta a casa. Llega y salta de la nave. Se presenta el padre y queda perdidamente enamorado de la esclava nada más verla. Pregunta que de quién es. El esclavo del hijo le dice que la ha comprado éste para esclava de la madre. El viejo va a lo suyo, y le ruega al hijo que venda a la joven a un amigo suyo; el hijo, por su parte, le dice que no, sino a uno suyo, que es en su caso el hijo de un vecino y el propio vecino en el caso del viejo. El viejo se adelanta a efectuar la compra de la muchacha. La mujer del vecino la sorprende en su casa, la toma por una amiga del marido y la emprende contra él. El joven, desesperado, decide abandonar la patria, pero se lo impide su amigo, que junto con su padre consigue del padre del joven que renuncie a favor del hijo.

PERSONAJES

CARINO, joven.

ACANTIÓN, esclavo de Carino.

DEMIFÓN, viejo, padre de Carino.

LISÍMACO, viejo, amigo de Demifón.

UN ESCLAVO.

EUTICO, joven, hijo de Lisímaco y amigo de Carino.

PASICOMPSA, cortesana.

DORIPA, mujer de Lisímaco.

SIRA, vieja esclava de Doripa.

UN COCINERO.

La acción transcurre en Atenas.

ACTO I

ESCENA PRIMERA

CARINO

CA.— Dos cosas al mismo tiempo tengo la intención de hacer ahora: explicaros el argumento de esta comedia y contaros la historia de mis amores. No hago yo lo que he visto hacer a otros enamorados en las comedias, que se ponen a [5] contarles sus penas a la Noche o al Día, al Sol o la Luna; a decir verdad, tengo para mí que no les importan a ellos ni un tanto así las fatigas de los mortales ni sus ansias o sus temores; por lo que a mí toca, prefiero, desde luego, contaros mis infortunios.

Esta comedia se llama en griego *Émporos*, y su autor es Filemón, en latín *Mercator*, [10] o sea, «El mercader», de Tito Maccio.

Mi padre me envió en viaje de negocios a la feria de Rodas; ahora hace dos años que salí de allí. Allí me enamoré de una muchacha de una belleza extraordinaria. Pero os voy a decir cómo quedé enredado con ella, si es que vuestros oídos están desocupados [15] y tenéis la amabilidad de prestarme atención. Y, a decir verdad, no he procedido yo aquí como es costumbre tradicional, al empezar dándoos la noticia de mis amores sin más preámbulos.

Hay una serie de desperfectos que suelen ser la secuela del amor: [20] cuitas, penas, excesos en el nivel de vida, cosas todas que traen como castigo la desgracia, y no sólo para el enamorado, sino para todo aquel de quien tales males hacen presa. Y es que, desde luego, nadie que hace profesión de un nivel de vida que va más allá de lo que toleran sus bienes de fortuna puede hacerlo sin graves daños. Pero hay también otras cosas que no he dicho antes y que trae consigo el amor: [25] insomnio, penas, desorientación, temores, huida; la improcedencia, la necedad y la irreflexión, el atolondramiento, los excesos, la desenvoltura, la pasión, la ojeriza; a esto se añaden [30] la avidez, la desidia, la injusticia, los apuros económicos, las afrentas, el despilfarro, el hablar más o menos de la cuenta: lo primero resulta de que el enamorado dice muchas veces cosas que no vienen al caso ni son pertinentes ni oportunas; lo segundo [35], de que jamás es un enamorado tan hábil orador que sepa decir lo que redunde en interés propio. Pero no debéis molestaros por tanta palabrería, que es éste un don que he recibido de Venus juntamente con la pasión amorosa; ahora mismo vuelvo por donde iba y acabo de contaros lo que os venía diciendo.

[40] Apenas había alcanzado yo la mayoría de edad y había dejado atrás los intereses propios de la infancia, cuando me enamoré de pies a cabeza de una cortesana de esta ciudad: la consecuencia inmediata fue que los bienes de mi padre iban pasando clandestinamente a su poder. Un rufián desconsiderado [45], que era su dueño, se daba maña para barrer puertas adentro todo lo que le era posible. Y mi padre día y noche venga a echarme reprimendas y ponerme de manifiesto la falsedad y la maldad de los rufianes; su propia fortuna se estaba quedando hecha trizas, la del otro subía como la espuma. Esto me lo decía a voz en grito; a veces sólo hablaba entre dientes, [50] moviendo la cabeza, y renegaba de mí como hijo suyo. Lo iba contando por toda la ciudad, avisando a la gente que se abstuvieran de prestarme dinero. Decía que el amor había arrastrado ya a muchos a la ruina, que yo, sin consideración ni medida, fuera de toda razón, me llevaba y sacaba de casa lo que me [55] daba la gana; de la peor de las formas malgastaba y repartía yo en la locura del amor lo que él de la mejor de las formas había ido acumulando a fuerza de infinitos trabajos; ya eran muchos los años que llevaba manteniéndome, siendo yo un verdadero oprobio; [60] decía que, si no me avergonzaba de ello, que más valía que renunciara a la vida; que él, en cuanto que fue mayor de edad, no se había entregado como yo a los amores y a la holgazanería y al ocio, y que, además, es que tampoco le hubiera sido posible, [65] tan corto le había tenido atado su padre: se había visto obligado a hartarse de trabajar en las sórdidas faenas del campo y por lo general venía a la ciudad

sólo cada cuatro años, y nada más ver la túnica de Atenea¹, le hacía su padre volverse inmediatamente a la finca; [70] y allí había trabajado más que ninguno de la gente de la casa, ya que su padre no cesaba de repetirle: «Para ti labras, para ti gradas, para ti siembras, para ti cosechas, tú eres el que vas a recibir el fruto de tus esfuerzos». Decía que, después de que su padre pasó a mejor vida, había vendido el campo, y con el dinero había fletado un barco de 300 toneladas, [75] y con él había llevado por todas partes sus mercancías, hasta hacerse con todos los bienes que entonces poseía; y que lo mismo debía hacer yo, si era como debía. [79-80] Yo, la verdad sea dicha, al percatarme de que era mal visto por mi padre y motivo de disgusto para quien lo natural hubiera sido que lo fuera de satisfacción, enloquecido y enamorado que estaba, consigo, con todo, hacerme el fuerte y le digo a mi padre que, si él quiere, estoy dispuesto a irme de comerciante y a renunciar a mis amores con tal de darle gusto. [85] Mi padre entonces me da las gracias y alaba mi condición, pero no por eso deja de ocuparse de la realización de mis promesas: hace construir un barco ligero, compra mercancías y las carga una vez que la nave está a punto; además, me entrega [90] él mismo con su propia mano un talento de plata; me da como compañero un esclavo, que había sido mi preceptor cuando yo era niño, para que velara por mí. Después de todos estos preparativos levamos anclas. Llegamos a Rodas, donde vendí todas [95] las mercancías que llevaba por el precio que quise. Saco unas ganancias enormes, que rebasan con mucho el precio puesto a las mercancías por mi padre, de modo que me hago con un considerable capital propio. Pero un día, mientras voy dando una vuelta por el puerto, me reconoce un amigo nuestro y me invita a cenar; voy a su casa y nos ponemos a la mesa; la [100] cena es animada y espléndida. Cuando ya de noche nos vamos a recoger, he aquí que se presenta en mi cuarto una mujer como no he visto nunca jamás otra de hermosa; mi amigo la había hecho venir a pasar la noche conmigo. Vosotros mismos podéis juzgar cómo me gustó: al día siguiente voy a mi amigo [105] y le pido que me la venda, asegurándole que le quedaré sumamente agradecido y obligado por tal servicio. Total, que la compré y la he traído ayer conmigo. Yo no quiero que mi padre se entere. La acabo de dejar en el barco allí en el puerto y también a mi esclavo.

Pero bueno, ¿cómo es que le veo venir corriendo del puerto [110], siendo así que le había prohibido abandonar el barco? Algo tiene que haber ocurrido.

ESCENA SEGUNDA

ACANTIÓN, CARINO

AC.— (*Sin ver a Carino.*) Acantión, por todos los medios y con todas tus fuerzas tienes que intentar y empeñarte en salvar a tu amo; venga, sacude el cansancio, no te dejes ganar por la pereza. Ahogándome vengo, jadeante (uf, casi ni resollar puedo), [115] me ahoga también la gente que se pone al paso por las aceras, todas llenas: quítalos de en medio, abajo con ellos, échalos al medio de la calle. ¡Vaya unas costumbres que se gastan aquí! Nadie se digna ceder el paso a una persona que viene a prisa y a la carrera, o sea que tienes que hacer tres cosas al mismo tiempo, cuando era una sola la que te habías propuesto hacer: tienes que correr, abrirte paso a fuerza de puños, y encima ir armando camorra con la gente en la calle.

[120] CA.— (*Aparte.*) ¿Qué es lo que ocurre para que quiera abrirse paso a toda costa? Estoy intranquilo por saber qué es lo que pasa o qué noticia es la que trae.

AC.— Estoy haciendo una locura; mientras más tardo, más aumenta el peligro.

CA.— Se trata de alguna mala noticia.

AC.— Las rodillas me fallan, no puedo correr, estoy perdido, [125] el bazo se me rebela y me oprime el pecho, estoy perdido, no puedo tomar aliento: ¡no digo el buen flautista que estaría hecho!

¹ En las fiestas de las grandes Panateneas, que se celebraban cada cuatro años en Atenas en honor de la diosa Atenea con diversos juegos deportivos y literarios y una procesión que le ofrecía a la diosa en la Acrópolis un peplo tejido y bordado por jóvenes de la buena sociedad ateniense.

.CA.— (*Aparte.*) Pues coge y límpiate el sudor con la túnica!

AC.— ¡Ni todos los baños del mundo podrán quitarme el cansancio que traigo! ¿Dónde estará mi amo Carino, en casa, o habrá salido?

CA.— (*Aparte.*) Estoy con el alma en vilo; quiero saber ya lo que pasa, para acabar de salir de esta incertidumbre.

[130] AC.— ¿Y todavía estoy aquí de plantón? ¿A qué espero para hacer saltar la puerta? ¡Abrid, quien sea! ¿Dónde está el amo Carino?, ¿en casa, o ha salido? ¿Es que no se digna nadie venir a abrir la puerta?

CA.— Acantión, aquí tienes al que buscas.

AC.— (*Sin hacerle caso.*) No he visto en ninguna parte un servicio más malo.

[135] CA.— ¿Qué es lo que te trae tan a mal traer, malas noticias?

AC.— Muchas, amo, para ti y para mí.

CA.— ¿Qué es lo que pasa?

AC.— Estamos perdidos.

[135^a] CA.— Ese comienzo regálasele a tus enemigos.

[136] AC.— Pero es que es a ti a quien le ha caído en suerte.

CA.— Di ya lo que pasa, sea lo que sea.

AC.— Calma, calma, que quiero descansar un poco; por culpa tuya traigo los pulmones deshechos, no hago más que escupir sangre.

CA.— Toma resina egipcia con miel y te curarás².

[140] AC.— Y tú, demonio, bebe pez hirviendo y se te pasará el disgusto.

CA.— No he visto a nadie más furibundo que tú.

AC.— Y yo no he visto a nadie con más mala lengua que tú.

CA.— ¿Porque te aconsejo un remedio que creo que te va a curar?

AC.— Déjame de curaciones que van acompañadas de suplicios.

[145] CA.— Pero bueno, ¿es que hay en parte alguna un bien del que pueda disfrutarse sin mezcla de mal alguno o tal que no tengas que contar con alguna fatiga al querer disfrutarlo?

AC.— Yo no entiendo de esas cosas; no he aprendido nunca filosofía ni sé nada de eso; yo sólo sé que abrenuncio a un bien que no viene sino junto con un mal.

CA.— Venga, Acantión, dame esa mano.

AC.— Aquí, tenla.

[150] CA.— ¿Estás dispuesto a prestarme tus servicios?

AC.— Por las obras puedes juzgarlo, que vengo reventado a fuerza de correr por causa tuya, para que pudieras saber en seguida tanto como yo.

CA.— Dentro de unos meses te daré la libertad.

AC.— Tú pretendes camelarme.

[154-155] CA.— Pero, hombre, ¿me iba yo a atrever a decirte una cosa que no fuera verdad?; si es que, además, antes de que haya abierto la boca, tú sabes ya si voy a mentir.

AC.— Diablos, me aumentas el cansancio con tanto charlar, me matas.

CA.— ¡Bonita manera de servirme!

AC.— ¿Qué es lo que quieres que haga?

CA.— ¿Tú?, lo que yo quiero.

AC.— ¿Y qué es lo que quieres?

CA.— Yo te lo diré.

AC.— Venga

CA.— Pero despacito, ¿eh?

[160] AC.— ¿Es que tienes quizá miedo de despertar al público de su sueño?

CA.— ¡Ay de ti!

AC.— Te traigo del puerto...

CA.— ¿El qué? Dime.

² Cf. PLINIO, *Hist. Nat.* XXIV 34-35.

AC.— ... atropellos, temores, tormentos, inquietudes, camorra, inopia.

CA.— ¡Estoy perdido! ¡No es nada el tesoro de males que me traes! Muerto soy.

AC.— Muerto no, sino...

CA.— Ya sé lo que vas a decir: un desgraciado.

AC.— Entonces, lo he dicho sin decirlo.

[165] CA.— ¿Pero de qué desgracia se trata?

AC.— No preguntes, es una desgracia espantosa.

CA.— Por favor, sácame ya de dudas, llevo ya qué sé yo el tiempo con el alma en vilo.

AC.— Vamos por partes: antes de que me des de palos, tengo muchas cosas que preguntarte.

CA.— Pues es que te los voy a dar de verdad si no hablas de una vez o te largas de aquí.

AC.— (*Irónico.*) Mira, mira qué zalamero; cuando se pone a ello no hay otro más suave.

[170] CA.— Acantión, yo te ruego y te suplico que me digas inmediatamente qué es lo que pasa, ya que veo que tengo que andar con súplicas nada menos que con mi esclavo.

AC.— ¿Es que te parezco indigno de que lo hagas?

CA.— No, sino digno.

AC.— Eso creía yo.

CA.— Vamos a ver: por favor ¿se trata de algún contratiempo con el barco?

AC.— Al barco no le pasa nada, no te preocupes.

CA.— ¿Y los aparejos?

AC.— Todo en perfecto estado.

[175] CA.— ¿Por qué no acabas ya de soltar cuál es el motivo por el que venías buscándome aprisa y a la carrera por la ciudad?

AC.— Es que no me dejas hablar.

CA.— Ya me callo.

AC.— Venga. No digo cómo me apremiarías si fuera una buena noticia la que te trajera, a juzgar por la forma como me exiges que hable ahora, cuando es una mala la que tienes que oír.

CA.— ¡Maldición, acaba ya de declararme la desgracia esa que dices!

[180] AC.— Así lo haré, pues que me lo ruegas: tu padre...

CA.— Mi padre ¿qué?

AC.— ... ha visto...

CA.— ¿Qué ha visto?

AC.— ... a tu amiga.

CA.— ¿Que ha visto a mi amiga? ¡Ay, desgraciado de mí! Contéstame a lo que te pregunto.

AC.— Venga, pregunta lo que quieras.

CA.— ¿Cómo ha podido verla?

AC.— Con los ojos.

CA.— Pero ¿de qué manera?

AC.— Abiertos.

CA.— Vete al cuerno. Estás de bromas en un asunto en el que me va la vida.

[185] AC.— Pero, demonio, ¿por qué voy yo a estar de bromas porque te conteste a lo que me preguntas?

CA.— ¿Estás seguro de que la ha visto?

AC.— Tan seguro como que yo te veo a ti o tú a mí.

CA.— ¿Y dónde la ha visto?

AC.— Dentro, en el barco, allí a su lado estaba hablando con ella.

CA.— Padre, me has dado muerte. Y tú, y tú, ¿por qué no tomaste las medidas necesarias para que no la viera, bribón? Malvado, [190] ¿por qué no la escondiste, para que no le echara mi padre la vista encima?

AC.— A ver, porque estábamos ocupados con nuestras faenas: estábamos plegando y ordenando los aparejos; mientras tanto, viene tu padre en una barquichuela y se presenta en el barco, sin que nadie le hubiera visto hasta ese momento.

[195] CA.— ¡Oh mar, en vano escapé a tus furores! Yo pensaba que estaba en tierra firme y en

puerto seguro, pero bien veo que las crueles olas me arrastran a los escollos. Venga, di qué es lo que ha pasado después.

[199-200] AC.— Cuando vio a la muchacha, le empezó a preguntar que de quién era.

CA.— ¿Y qué dijo ella?

AC.— Entonces yo salgo al paso y, adelantándome a contestar, digo que la has comprado para regalársela de esclava a tu madre.

CA.— ¿Y tuviste tú la impresión de que te lo creía?

AC.— ¡Qué pregunta! Pero el muy sinvergüenza se puso a abrazarla.

CA.— Por favor ¿a abrazarla a ella?

AC.— Pues no, que iba a ser a mí.

[205] CA.— ¡Ay, qué desgracia la mía, el corazón se me deshace gota a gota como la sal en el agua! ¡Muerto soy!

AC.— ¡Hale, ahora sí que has dicho una verdad como una casa! ¡Qué tontería!

CA.— ¿Qué hago ahora? Yo creo que mi padre no me va a creer si le digo que la he comprado para mi madre. Y, además, a mí me parece una cosa mal hecha el decirle a mi padre una mentira.

[210] Ni él me lo creería ni es una cosa probable que yo haya comprado una mujer tan guapa para que sea esclava de mi madre.

AC.— Calla, imbécil; te lo creerá, qué caramba, porque me lo ha creído ya a mí.

CA.— Pobre de mí, mucho me temo que mi padre sospeche toda la verdad. Contéstame a lo que te pregunto, por favor.

AC.— Venga, qué me preguntas.

[215] CA.— ¿Daba mi padre la impresión de sospechar que ella fuera mi amiga?

AC.— No daba la impresión, sino que realmente me creía todo lo que yo le decía.

CA.— Pero eso según lo que a ti te parece, ¿no?

AC.— No. sino que se lo creía.

CA.— ¡Ay, desgraciado de mí, estoy perdido! Pero ¿a qué consumirme aquí a fuerza de lamentos en lugar de ir al barco? Ven conmigo, Acantión.

AC.— Si te vas por ahí, te vas derecho a toparte con tu padre; [220] entonces te va a ver que estás ahí todo encogido, descompuesto; en seguida te parará y te preguntará que a quién se la has comprado, que cuánto te ha costado; como te vea apocado, aprovechará para sonsacarte.

CA.— Me iré mejor por aquí; ¿tú crees que mi padre se ha ido ya del puerto?

AC.— Pues por eso precisamente me adelanté a venir aquí aprisa y a la carrera, para que no te cogiera de improvisto y te sonsacara.

CA.— ¡Estupendo! (*Se van.*)

ACTO II

ESCENA PRIMERA

DEMIFÓN

[225] DE.— Los dioses se burlan de los hombres de una forma muy extraña y les hacen soñar cosas realmente peregrinas; como yo esta noche, que me la he pasado toda soñando e intranquilo. Me parecía que compraba una cabra muy hermosa; [230] para que no le hiciera nada la cabra que ya tenía yo en mi casa ni se fueran a pelear al estar las dos juntas, después de comprarla soñé que se la entregaba a un mono para que la guardara. [235] Al poco viene el mono a buscarme y me llena de maldiciones y de improperios: me dice que por culpa de la cabra y de su venida no eran pocos los daños y perjuicios que le habían caído encima; que la cabra que yo le había dado en custodia se había tragado del todo la dote de su mujer. [240] A mí, la verdad, me resultó un poco raro eso de que la cabra, ellas sola, hubiera consumido la dote de su mujer. Pero el mono insiste en que sí, y al fin va y me dice que si no me doy prisa en llevármela de su casa, [245] me la traerá a la mía con mi

mujer, y entonces soñé que yo por mi parte no miraba a la cabra con malos ojos, pero que no tenía a quién encomendársela, por lo cual estaba en un gran apuro sin saber qué hacer. Entretanto va y se me presenta un chivo, [250] y se pone a decirme qué se había llevado la cabra de casa del mono y empieza a reírse de mí; entonces me entra mucha pena y no podía conformarme con que se la hubieran llevado. No acabo de saber qué es lo que puede querer decir este sueño; como no sea que, según sospecho, haya averiguado [255] ya quién puede ser la cabra esa o qué es lo que significa: esta mañana, al ser de día, salgo de aquí en dirección al puerto.

Después que terminé allí con los asuntos que llevaba, voy y veo el barco en el que ha vuelto ayer mi hijo de Rodas; sin saber por qué, me entran ganas de visitarlo. Me subo a una barca y allí que me marchó, donde veo a una mujer de una belleza extraordinaria, que, [260] según he oído, ha traído mi hijo como esclava para su madre. Nada más verla, mi enamoro de ella, pero no así como lo hacen los hombres normales, sino como lo hacen los que han perdido la cabeza. Naturalmente que me he [265] enamorado yo en mi juventud, pero jamás con esta locura de ahora; en fin, lo único que sé es que estoy perdido; (*al público*) o sea que vosotros mismos podéis juzgar lo poco que valgo.

Desde luego, una cosa es segura: ésta es la cabra aquella del sueño; [270] sólo que el mono y el chivo anuncian desgracia y no puedo saber de quiénes se trata. Pero me callo, que veo salir a mi vecino.

ESCENA SEGUNDA

LISÍMACO, DEMIFÓN, UN ESCLAVO

LI.— (*Hablando a los de dentro de la casa.*) Ese macho cabrío que os da ahí tanto que hacer en la finca, no hay más que castrarle.

DE.— (*Aparte.*) Ese augurio y ese presagio no me hacen pero que ni pizca de gracia; a ver si me va a castrar mi mujer como si fuera yo el macho cabrío [275] y resulta ser ella el mono del sueño. (*A un esclavo.*) Tú te vas a la finca y le entregas en mano estos rastrillos a Pisto, el guarda. A mi mujer le dices que yo tengo que hacer aquí en la ciudad, que no me espere; [280] dile que tengo que actuar hoy en tres procesos. Anda, y que no te olvides de mi encargo.

Es.— ¿Algo más?

LI.— Eso es todo. (*El esclavo se va.*)

DE.— Muy buenos días, Lisímaco.

LI.— Eh, Demifón, buenos días, ¿qué tal, qué te cuentas?

DE.— Desgracias sobre desgracias.

[285] LI.— ¡No lo permitan los dioses!

DE.— Pues ellos son precisamente los responsables.

LI.— ¿De qué se trata?

DE.— Te daría cuenta de ello si viera que me quieres escuchar o tienes tiempo para ello.

LI.— Aunque tengo que hacer, si se te ofrece algo, Demifón, yo, para atender a un amigo, tengo siempre tiempo.

DE.— Bien sé yo por experiencia lo amable que eres, no tienes que advertírmelo. [290] A ver, Lisímaco, ¿qué edad me echas?

LI.— Una edad como para tener ya un pie en la sepultura, un viejo gastado, decrepito.

DE.— Te equivocas, Lisímaco, soy un muchacho de siete años.

LI.— Pero ¿estás en tu juicio, decir que eres un chico?

DE.— Es la pura verdad.

[295] LI.— Ahora comprendo lo que quieres decir: cuando se pone uno viejo y se pierde el sentido y la razón, dicen que se vuelve uno como un niño.

DE.— Al contrario, estoy el doble de bien que antes.

LI.— Hombre, muy bien, lo celebro.

DE.— Lo que es más, si supieras, con los ojos, veo ahora mucho más que antes.

[300] LI.— Estupendo.

DE.— Sólo que para mi perdición.

LI.— Eso ya no me parece tan estupendo.

DE.— Pero... ¿me puedo atrever a hablarte en confianza?

LI.— Con toda tranquilidad.

DE.— Atiende, pues.

LI.— Soy todo oídos.

DE.— He empezado hoy a ir a la escuela, Lisímaco; ya me sé tres letras.

LI.— ¿Cómo tres letras?

DE.— Sí, a-m-o.

[305] LI.— ¿Con esas canas enamorado, viejo verde?

DE.— Pelicano o pelirrojo o pelinegro, estoy enamorado.

LI.— Yo creo que tú te estás burlando de mí, Demifón.

DE.— Córtaame aquí mismo el cuello si digo mentira; o si quieres, para que sepas que estoy enamorado, coge un cuchillo, córtaame un dedo o una oreja, o la nariz o el labio: si me muevo o si es que noto que se me da un corte, Lisímaco, te permito... que me hagas el amor hasta matarme.

LI.— (*Al público.*) Si es que no habéis visto nunca a un amante en pintura, aquí lo tenéis, que, a mi modo de ver, un vejete [315] decrépito no vale más que una figura pintada en la pared.

DE.— Seguro que estás pensando en echarme una reprimenda.

LI.— ¿Yo a tí?

DE.— No hay motivo para que te enfades conmigo: pues sí que no han hecho exactamente lo mismo otros personajes de categoría. Humano es el enamorarse, humano también el tener indulgencia; *** son los dioses quienes me impulsan a ello. [320] No me reprendas, por favor, no lo hago por impulso de mi propia voluntad.

LI.— No, no, si yo no te reprendo.

DE.— Pero no te formes un mal concepto de mí por esto.

LI.— ¿Yo de tí? No lo permitan los dioses.

DE.— Mira, por favor, que no lo hagas; te lo suplico.

LI.— Bien mirado está.

DE.— ¿De verdad?

[325] LI.— Tú, vas a acabar conmigo..., este hombre está pero que loco de amor. ¿Algo más?

DE.— Hasta luego.

LI.— Voy deprisa al puerto, que tengo que hacer allí.

DE.— Hala, adiós.

LI.— Lo mismo digo. Pues anda, yo sí que tengo que hacer en el puerto. [330] Allá me voy. Pero mira qué bien, ahí viene mi hijo. Voy a esperarle; tengo que verle, tengo que persuadirle de la manera que sea de que la venda y no se la dé a su madre, porque, según he oído, la ha traído para regalársela; sólo que tengo que andar con precaución para que no caiga en la cuenta de que siento inclinación por ella.

ESCENA TERCERA

CARINO, DEMIFÓN

[335] CA.— Yo creo que no hay en el mundo persona más desgraciada que yo ni nadie a quien le sobrevengan sin fin más contrariedades. Cualquier cosa que emprendo, sea lo que sea, nunca logro alcanzar la consecución de mis deseos; siempre me [340] sale al paso un nuevo contratiempo que impide la realización de mis propósitos. ¡Pobre de mí, fui y me agencí una amiga según mi gusto y la adquirí a buen precio, creyendo que la podía poseer a espaldas de mi padre; pero se ha enterado y la ha visto y ha hecho mi perdición; ni sé siquiera lo que decirle cuando [345] me pregunte: tan fluctuantes y contradictorias son las ideas que a cientos anidan en mi pecho. No sé qué

determinación tomar, tan grande es la incertidumbre y la preocupación que hacen presa de mí; unas veces me parece acertada la idea de mi esclavo, [350] otras la desapruebo y no me parece posible hacerle creer a mi padre que la he comprado para esclava de mi madre. Pero si le digo las cosas como son y le confieso que es para mí para quien la he comprado, ¿qué va a pensar de mí? Y además me la quitará [354-355] y se la llevará para venderla al otro lado del mar; bien sé por experiencia propia lo duro que puede ser. ¿Y esto se llama amar? Arar preferiría, mejor que amar de esta manera. Primero me mandó fuera de casa en contra de mi voluntad, me hizo marcharme a negociar: allí encontré esta nueva desgracia. ¿Qué dulzura puede haber allí donde el placer queda sofocado por el dolor? [360] En vano la oculté, la escondí, la tenía encubierta: mi padre es como las moscas, no hay medio de tener nada a escondidas suyas, no hay nada ni tan sagrado ni tan profano que no haya él de estar en medio; no abriga mi pecho esperanza cierta alguna de ver tomar un sesgo favorable a mi situación.

DE.— (*Aparte.*) ¿Por qué estará mi hijo ahí hablando a solas? [365] Parece estar preocupado por lo que sea.

CA.— ¡Huy, ese que veo ahí es mi padre! Voy a acercarme a hablarle. ¿Qué hay de nuevo, padre?

DE.— ¿De dónde vienes, por qué estás tan inquieto, hijo mío?

CA.— Nada, nada, padre.

DE.— Ojalá que así sea, pero ¿qué es lo que te pasa que estás tan descolorido? ¿No te encuentras bien?

[370] CA.— Estoy así como destemplado, padre; además, es que no he podido descansar esta noche bien a mi gusto.

DE.— Eso es que, después de la larga travesía, ahora tus ojos extrañan la tierra.

CA.— Yo creo más bien que...

DE.— Seguro que es eso; pero ya se te pasará. Pero ¡caramba que no estás descolorido!, harías mejor en entrar en casa y echarte.

CA.— No tengo tiempo; quiero ocuparme antes de los encargos que traigo.

[375] DE.— Hazlo mañana, o si no, pasado.

CA.— Yo, padre, te he oído decir muchas veces que una persona sensata debe ocuparse ante todo de los asuntos que se le han encomendado.

DE.— Bueno, hale; no quiero llevarte la contraria.

CA.— Estoy salvado si es que esas palabras merecen una confianza firme y duradera. (*Se aleja.*)

DE.— (*Aparte.*) ¿Por qué será que se retira ahí a reflexionar a solas? [380] No creo que pueda haberse enterado de que estoy enamorado de la joven; a mi entender, no he cometido yo ninguna de las imprudencias típicas de los enamorados.

CA.— (*Aparte.*) Hasta ahora no hay peligro ninguno, porque está bien claro que no sabe nada de mi amiga; si lo supiera, hablaría de otra manera.

DE.— (*Aparte.*) ¿Por qué no le hablo de ella?

[385] CA.— (*Aparte.*) ¿Por qué no me marchó? (*En voz alta.*) Me voy, que quiero resolverles a mis amigos sus encargos como un buen amigo.

DE.— No, espera; quiero preguntarte antes unas cosillas.

CA.— Habla lo que quieras.

DE.— ¿Te ha ido bien todo el tiempo?

CA.— Mientras estuve allí, sí; pero desde que llegué aquí al puerto, siento una especie de malestar.

[390] DE.— Eso es seguro por el mareo, en seguida se te pasará. A propósito, ¿has traído tú de Rodas una esclava para tu madre?

CA.— Sí.

DE.— Y qué, ¿qué te parece la joven?

CA.— No está mal, desde luego.

DE.— ¿Y qué clase de persona es?

CA.— A mi parecer, no he visto jamás otra mejor.

DE.— La misma impresión he tenido yo al verla.

CA.— ¿Que la has visto tú, padre?

DE.— La he visto. Pero no es apropiada para nuestro servicio, ni entra en mis cálculos para esos fines.

[395] CA.— ¿Por qué?

DE.— Porque... porque su aspecto no dice con lo que nos hace falta en casa. Nosotros lo que necesitamos es una esclava que sepa tejer, moler, hacer leña, que hile su ración, barra la casa, reciba sus palos, que tenga a diario la comida a punto para toda la familia; esa mujer no podrá hacer nada de todo esto.

[400] CA.— Tienes razón; precisamente por eso la he comprado para regalársela a madre.

[401-402] DE.— No se la regales ni le digas que la has traído.

CA.— (*Aparte.*) ¡Gracias sean dadas a los dioses!

DE.— (*Aparte.*) Poco a poco le voy haciendo vacilar. (*En voz alta.*) Pero lo que se me olvidaba decirte: ni estará bien que ella vaya acompañando a tu madre ni yo lo permitiré.

[405] CA.— Pero, ¿por qué?

DE.— Porque sería una vergüenza si, con lo guapa que es, fuera acompañando a una madre de familia; al ir por la calle, se la quedarían mirando, llamaría la atención de todos, le harían señas, guiños, silbiditos, pellizcos, empezarán a llamarla, a ponerse cargantes; vendrían a darle una serenata a la puerta, [410] a pintarrajearme las puertas de mi casa con versitos; y además, con lo maldiciente que se es hoy en día, se nos echaría en cara a mí y a tu madre que tenemos una casa de trata. ¿Qué necesidad tenemos de todo esto?

CA.— Realmente, padre, tienes razón y estoy de acuerdo contigo. Pero ¿qué hacemos entonces con ella?

DE.— ¡Bien! Yo le compraré a tu madre una esclava que sea así, hombruna, buena, [415] pero no guapa, tal como es propio de una madre de familia: una siria o una egipcia, por ejemplo; ella molerá, guisará, hilará su tarea, se la podrá moler a palos y no será motivo de escándalo para nuestra puerta.

CA.— ¿Y si se la devolvemos a quien se la compré?

DE.— Eso de ninguna manera.

CA.— El vendedor me dijo que se la devolviera si es que no gustaba.

[420] DE.— No hay necesidad de ello. Yo no tengo ganas de andar con ninguna clase de reyertas ni que se le tengan que poner peros a tu buena fe; te juro que prefiero en todo caso perder dinero que no, por causa de una mujer, dar motivo a la vergüenza y el escándalo. Yo pienso, además, que te la puedo vender a buen precio.

[424-425] CA.— Caray, padre, con tal de que no la vendas por menos que la compré.

DE.— Calla, hay un viejo que me ha encargado que le comprara una así, parecida a ésta.

CA.— Pero es que a mí me ha dado un joven el encargo de comprarle también una así como ésta.

DE.— Yo pienso que la puedo vender por veinte minas.

[430] CA.— Pero yo, si las pido, creo que me dan veintisiete.

DE.— Pero yo...

CA.— No, yo digo...

DE.— Tú, que no sabes lo que voy a decir, calla un momento; yo puedo añadir todavía tres minas, para que hagan treinta.

CA.— Pero ¿a quién te vuelves a mirar?

DE.— Al comprador.

CA.— Pero ¿dónde diablos está?

[434-435] DE.— Ahí le estoy viendo; me dice que añada todavía cinco minas.

CA.— Los dioses le confunden, quienquiera que sea.

DE.— Ahora me hace señas de que añada seis minas más.

CA.— Y a mí de que añada siete.

DE.— Ya verás cómo no me vence.

CA.— Y siete minas enteras y veras, padre.

DE.— Es inútil, soy yo quien me quedaré con ella.

CA.— Pero si el otro ha sido el primero en hacer la oferta.

[440] DE.— Me trae sin cuidado.

CA.— Ahora ofrece cincuenta.

DE.— Ni por cien se le dará. ¿Vas a acabar ya de una vez de hacer ofertas y contrariar mis deseos? Te aseguro que vas a sacar una buena ganancia, según es el viejo para el que la compran: está locamente enamorado de ella, te dará lo que pidas.

CA.— Y yo te juro que el joven para quien la compro yo [445] está perdidamente enamorado de ella.

DE.— Mucho más el viejo, si tú supieras.

CA.— Padre, te juro que nunca jamás estuvo ni estará el viejo ese más loco de amor que el joven a quien yo quiero hacer este servicio.

DE.— Tú tranquilo, te digo; ya solucionaré yo la cosa de la mejor manera.

CA.— Una cosa, padre.

DE.— ¿Qué es lo que quieres?

CA.— Yo la he comprado sin garantía.

DE.— Pero el comprador se quedará con ella también así; no te preocupes.

[450] CA.— Tú no puedes venderla legítimamente.

DE.— Ya encontraré yo una salida.

CA.— Y además, es que no es sólo mía; ¿cómo puedo yo saber los deseos del otro de si quiere que sea vendida o no?

DE.— Yo sé que quiere.

CA.— Pero yo creo que hay una persona que no quiere que sea vendida.

DE.— Y eso ¿qué me interesa a mí?

CA.— Es justo que pueda disponer de lo que es suyo.

[455] DE.— A ver, dime.

CA.— Nos pertenece a los dos, a él y a mí; y el otro no está ahora aquí.

DE.— Me contestas antes de que te haya preguntado nada.

CA.— Y tú compras antes de que yo venda, padre. Yo no sé si el otro quiere deshacerse de ella.

DE.— ¿Y cómo es eso? ¿Conque el otro va a consentir en la venta si es para el que te dio a ti el encargo, y si la compro yo para el que me ha dado el encargo a mí, entonces no va a querer? No consigues nada. [460] Te juro que no la tendrá nadie más que aquel para quien yo la tengo destinada.

CA.— ¿Es cosa decidida?

DE.— ¿Que si es cosa decidida? Ahora mismo voy al barco, allí se la venderá.

CA.— ¿Quieres que vaya contigo?

DE.— No.

CA.— Eres muy poco amable.

DE.— Es mejor que te ocupes primero de los asuntos que tienes encomendados.

CA.— Tú eres el que me lo está impidiendo.

DE.— Pues échame a mí la culpa, di que tú has hecho lo que estaba en tu mano. [465] En el puerto no te presentes, ya te lo aviso.

CA.— Se obedecerá.

DE.— (*Aparte.*) Me voy al puerto. Hay que andar con cuidado de que no se entere de nada: no la compraré yo, sino que le encargaré a mi amigo Lisímaco que la compre. Él me había dicho ya antes que se iba al puerto. Yo mismo me estoy demorando al estar aquí plantado.

CA.— Estoy perdido, muerto soy.

ESCENA CUARTA

CARINO, EUTICO

CA.— Se cuenta que Penteo fue despedazado por las Bacantes [470]: niñerías en comparación de los tormentos que me desgarran. ¿A qué seguir viviendo?, ¿no me sería preferible la muerte?, ¿qué sentido tiene para mí la vida? Cosa hecha, me voy al médico y allí me daré la muerte con un veneno, una vez que se me arrebatara aquello que es para mí el único motivo de vivir.

EU.— ¡Espera, espera, Carino, por favor!

CA.— ¿Quién me llama?

[475] EU.— Eutico, tu amigo, tu camarada, tu vecino.

CA.— No sabes la magnitud de las desgracias que soporto.

EU.— Lo sé; lo he oído todo desde la puerta, lo sé todo.

CA.— ¿Qué es lo que sabes?

EU.— Tu padre quiere vender...

CA.— Estás bien enterado.

EU.— ...a tu amiga...

CA.— Sabes más de lo necesario.

EU.— ...en contra de tu voluntad.

[480] CA.— Estás al tanto de todo. Pero ¿cómo sabes que ella es mi amiga?

EU.— Tú mismo me lo has contado ayer.

CA.— ¿Pues no me había olvidado de que te lo dije?

EU.— No tiene nada de particular.

CA.— Ahora quiero pedirte un consejo; contéstame: ¿con qué clase de muerte crees que es mejor que perezca?

EU.— ¿No te callarás? ¡No digas una cosa así!

CA.— ¿Pues qué quieres entonces que diga?

[485] EU.— ¿Quieres que le juegue una buena jugada a tu padre?

CA.— Eso por descontado.

EU.— ¿Quieres que vaya al puerto?

CA.— ¿Por qué no mejor que vueles?

EU.— ¿Y le birle la muchacha por dinero?

CA.— ¿Por qué no a precio de oro?

EU.— ¿De dónde lo voy a sacar?

CA.— Yo le pediré a Aquiles que me dé el oro que recibió como rescate por el cadáver de Héctor.

EU.— ¿Estás en tu juicio?

CA.— Demonio, si estuviera en mi juicio, no te buscaría como médico.

[490] EU.— ¿Quieres que la compre por lo que pidan?

CA.— Y hasta por doscientas dracmas más de lo que pidan.

EU.— Estáte tranquilo entonces. Pero ¿qué te parece?, ¿de dónde vas a sacar el dinero para entregarlo cuando lo pida tu padre?

CA.— Ya se encontrará, se buscará, ocurrirá lo que sea; me matas.

EU.— Eso de «ocurrirá lo que sea» me intranquiliza un poco.

CA.— ¿No te callarás?

EU.— Hazte cuenta de que das órdenes a una persona muda.

[495] CA.— ¿Está todo claro?

EU.— ¿No tienes otra cosa en qué ocuparte?

CA.— No puedo.

EU.— Ea, a pasarlo bien.

CA.— Eso, imposible antes de verte de vuelta.

EU.— Más vale que tengas cabeza.
 CA.— Adiós, sal vencedor y sálvame.
 EU.— Yo así lo haré; espérame en casa.
 CA.— Procura volver pronto con el botín.

ACTO III

ESCENA PRIMERA

LISÍMACO, PASICOMPSA

[500] He ayudado a mi amigo como un amigo; ésta es la pieza que me encargó el vecino que le comprara. Mía eres, joven: sígueme, pues. No llores, haces una tontería muy grande, estropearle esos ojos. Además, es que tienes más motivos de reír que no de lamentarte.

PA.— Yo te ruego, buen viejo, dime...

Pregunta lo que quieras.

PA.— ...por qué me has comprado.

LI.— ¿Que por qué te he comprado? Para que hagas lo [505] que se te mande y además para, si tú me mandas algo, hacerlo yo.

PA.— Yo, por mi parte, haré lo que pueda y sepa que son tus deseos.

LI.— No te mandaré hacer ningún trabajo duro.

PA.— Menos mal, buen viejo, porque es que yo no he aprendido a llevar cargas ni a cuidar ganado en el campo ni a hacer de nodriza.

[510] Si es que estás dispuesta a portarte bien, serás también bien tratada.

PA.— Entonces, pobre de mí, estoy perdida.

LI.— ¿Por qué?

PA.— Porque en la tierra de donde vengo les va bien a las que son malas.

LI.— Quieres decir entonces que no hay mujer que sea buena.

PA.— No lo digo, ni es mi costumbre ir pregonando lo que en mi opinión es sabido de todos.

LI.— (*Al público.*) Caray, eso que ha dicho vale más que el precio que se ha pagado por ella.

[515] Yo quiero hacerte sólo una pregunta.

PA.— Pregunta, que yo te contestaré.

LI.— A ver, dime, ¿cómo te llamas?

PA.— Pasicompsa.

LI.— Su belleza le ha valido ese nombre³. Pero dime, Pasicompsa, ¿sabrías tú, si viene al caso, tejer hilo fino?

PA.— Sí que sé.

LI.— Si es que sabes tejer hilos finos, entonces sé que puedes trabajar también otros más bastos, ¿eh?

[520] PA.— En lo que toca a las labores de lana, me puedo medir con cualquiera de mi edad.

LI.— Caray, yo te tengo por una mujer de provecho y ya de la edad justa para saber hacer tus menesteres.

PA.— De buena escuela tengo lo que sé; no permitiré que se pongan peros a mi trabajo.

LI.— Toma, ésa es la cosa, qué diablos. Yo te voy a dar en propiedad particular esa oveja de ahí (*señala la casa de Demifón*) [525], que tiene sesenta años.

PA.— ¡Ay, abuelo!, ¿tan vieja?

LI.— Es de raza griega; si la cuidas bien, es buenísima, la podrás esquilar de maravilla.

PA.— Por ser cosa tuya, te agradeceré lo que me des, sea lo que sea.

LI.— Ahora, joven, para evitar malentendidos, tú no me perteneces a mí, no vayas a creer.

³ «Hermosa entre todas» se le da como significado al nombre.

PA.— Dime entonces, por favor, de quién soy.

[530] LI.— Has vuelto a ser comprada para tu amo; yo no he hecho más que realizar la compra, según me lo ha pedido él.

PA.— Vuelvo a la vida, si es que me sigue siendo fiel.

LI.— Tú no te apures, él te dará la libertad. Te juro que se muere de amor por ti, y eso que te ha visto hoy por primera vez.

PA.— Pero si ya hace dos años que está conmigo; como veo que tú eres amigo suyo, te lo digo a las claras.

[535] LI.— ¿Qué dices, que ya hace dos años que está contigo?

PA.— Y tanto. Y nos hicimos los dos un juramento, yo a él [536] y él a mí: que ninguno de los dos, ni yo me besaría con ningún hombre más que con él, ni él se besaría con ninguna mujer más que conmigo para hacemos el amor.

LI.— ¡Dioses inmortales!, ¿ni siquiera con su mujer va a poder acostarse?

PA.— Pero, bueno, ¿es que está casado? Ni lo está ni lo estará jamás.

Ojalá que no. Diablos, éste ha jurado en falso.

[540] PA.— No hay otro joven a quien ame más.

LI.— No es un joven, boba, es un chiquillo, porque no hace mucho que se le han caído los dientes.

PA.— ¿Qué, los dientes?

LI.— No, no, nada. Ven conmigo. Él me ha pedido que te diera alojamiento por un día en mi casa, ya que mi mujer está en el campo. (*Entran en casa de Lisímaco.*)

ESCENA SEGUNDA

DEMIFÓN

DE.— Al fin he conseguido una forma de echarme a perder a mi gusto: comprada está la amiga a espaldas de mi mujer y a [545] espaldas de mi hijo. Cosa hecha, volveré a las andadas y no me privaré de nada. Poco es ya lo que me queda de vida: razón de más para dedicarme a pasármelo bien en los placeres, el vino y el amor. Es que el pasárselo bien a la edad que yo ya tengo es más que razonable. [550] Mientras que eres joven, cuando están en tu pleno vigor, entonces es la hora de dedicar tus esfuerzos a agenciarte una fortuna: pero una vez que no eres ya más que un viejo, entonces, hale, a dedicarse a la vagancia, al amor, mientras que te sea posible. En esta edad, la vida la tienes que considerar como un puro regalo. Y ahora, nada, manos a la obra. Pero voy primero a dar una vuelta por casa; mi mujer me [555] espera ya hace mucho rato, seguro que hambrienta; me va a matar a improperios si me ve. Qué diablos, al fin, sea lo que sea, [560] no entro; voy primero a ver al vecino, antes de volver a casa. Es que quiero que me alquile una casa, para ponérsela a la chica esta. Pero mira, ahí sale.

ESCENA TERCERA

LISÍMACO, DEMIFÓN

LI.— (*Hablando a Pasicompsa en la casa.*) Ya te lo traeré si lo veo.

DE.— (*Aparte.*) Se refiere a mí.

LI.— ¿Ahora, qué, Demifón?

DE.— ¿Está la muchacha en casa?

LI.— ¿Qué es lo que te parece oportuno?

DE.— ¿Y si entro a verla?

LI.— ¿A qué tanta prisa? Espera.

[565] DE.— ¿Pues qué es lo que voy a hacer si no?

LI.— Reflexionar qué es lo se precisa hacer.

DE.— ¿Cómo reflexionar? Yo creo que no puedo hacer otra cosa mejor que entrar en tu casa.

LI.— ¿Qué dices, animal, que quieres entrar?

DE.— ¿Pues qué otra cosa voy a hacer?

LI.— Escucharme primero y prestarme atención. Hay otra cosa que en mi opinión debes hacer primero. [570] Porque si entras ahora, vas a empezar a abrazarla, a charlotear con ella y a besuquearla.

DE.— Desde luego, puedes leer mis pensamientos: sabes a la perfección qué es lo que estoy dispuesto a hacer.

LI.— Haces mal.

DE.— ¿En besar a la mujer que amas?

LI.— Tanto peor. ¿Así en ayunas, con la boca maloliente, [575] viejo chotuno, vas a besar a la muchacha?, ¿quieres hacerla vomitar nada más llegarte a ella? Bonito enamorado estás hecho, según esos preliminares con que me vienes.

DE.— ¿Y si hago una cosa? Si te parece, echemos mano de [580] algún cocinero que nos prepare un buen almuerzo aquí en tu casa hasta el atardecer.

LI.— Eso sí me parece de perlas. Ahora hablas como un hombre de razón y no como un enamorado.

DE.— ¿A qué esperamos? ¿Por qué no vamos y hacemos la compra, que no nos privemos de nada?

LI.— Desde luego, voy contigo. Pero otra cosa, maldición: hazme el favor de buscarle alojamiento; [585] te juro que después de hoy no estará ni un día más en mi casa. Es que tengo miedo a mi mujer, si vuelve mañana del campo, no vaya a encontrársela aquí.

DE.— Eso no es problema, ven conmigo. (*Se van.*)

ESCENA CUARTA

CARINO, EUTICO

CA.— ¿No es una desgracia esto de no poder encontrar sosiego en parte alguna? Si estoy en casa, mis pensamientos están en la calle; si estoy en la calle, en casa que están mis pensamientos; tal es el fuego que el amor hace arder en mi pecho; [590] si no fuera por las lágrimas que caen de mis ojos, tendría echando llamas la cabeza. No me queda sino la esperanza: el bien que poseía me ha abandonado y no sé si volveré a alcanzarlo. Si mi padre coge la delantera como dijo, adiós mi bien; si mi amigo ha cumplido sus promesas, estoy salvado. [595] Pero, en fin de cuentas, aunque Eutico estuviera enfermo de la gota, ya hubiera podido estar aquí de vuelta del puerto; ése es el defecto más grande que tiene, que es demasiado lento para mi gusto. Pero ¿no es él ese que veo venir ahí corriendo? Sí, es él, voy a su encuentro. [598^a] [¡Oh, tú, que eres la esperanza de los dioses y los hombres y la dueña de los destinos humanos, [598b] yo te doy gracias por haber hecho ciertas mis esperanzas!⁴] Ahora se para..., ay, estoy perdido. [600] No me gusta nada la cara que trae; viene con mal semblante (me hierve el pecho, no puedo dar un paso). Está meneando la cabeza. ¡Eutico!

EU.— ¡Eh, Carino!

CA.— Antes de tomar aliento, dime una sola cosa: ¿dónde estoy, aquí o entre los muertos?

CA.— No estás ni entre los muertos ni aquí.

CA.— Salvo soy, entonces se me ha concedido la inmortalidad: ha comprado a mi amiga, y se ha reído de mi padre en sus propias barbas; [605] desde luego, en cuanto a eficacia, no hay otro. Dime,

⁴ Invocación que va repetida más abajo (vv. 842-843), y considerada como una interpolación por la mayoría de los críticos a partir de Acidalius.

por favor: si no estoy aquí ni en el Aqueronte⁵, ¿dónde estoy entonces?

CA.— En ninguna parte.

CA.— Estoy perdido, esas palabras me matan.

EU.— Es una cosa muy antipática el andar con largos discursos cuando de lo que se trata es de actuar.

CA.— Eutico, sea lo que sea, vamos al grano.

[610] EU.— Por primera providencia, estamos perdidos.

CA.— ¿Por qué no me dices primero una cosa que no sepa?

EU.— Te has quedado sin tu amiga.

CA.— Eutico, estás cometiendo un crimen capital.

EU.— ¿Por qué?

CA.— Porque das muerte a tu camarada y amigo, a un ciudadano libre.

EU.— No lo permitan los dioses.

CA.— Me has hundido un puñal en la garganta; estoy a punto de caerme al suelo.

EU.— Tú, por favor, no pierdas el ánimo.

[615] CA.— No tengo ánimo que perder. Venga, sigue dándome malas noticias: ¿para quién ha sido comprada?

EU.— No lo sé; cuando yo llegué al puerto, ya la habían entregado y se la habían llevado.

CA.— ¡Ay de mí! Ya hace rato que llevas echándome encima montañas de males que me abrasan; venga, verdugo, continúa atormentándome, una vez que has empezado.

EU.— No es mayor tu pena que lo ha sido la mía.

[620] CA.— Dime: ¿quién la ha comprado?

EU.— Pues no lo sé.

CA.— ¿A eso le llamas tú ayudar como un buen amigo?

EU.— ¿Qué quieres que haga?

CA.— Lo mismo que ves que hago yo: morirte. ¿Por qué no has preguntado cómo era el que la ha comprado, a ver si al menos así podía seguirsele el rastro a ella? ¡Ay, desgraciado de mí!

[625] EU.— Déjate de llorar de esa manera. A ver, ¿qué mal he cometido?

CA.— Me has perdido a mí y la confianza que había depositado en ti.

EU.— Los dioses me son testigos de que eso no es culpa mía.

CA.— ¡Muy bien eso de poner por testigos a los dioses que no están presentes! ¿Cómo te voy a creer una cosa así?

EU.— Tú eres libre de creer lo que quieras y yo de decir lo me parezca bien.

CA.— Ahora tienes a punto una contestación adecuada, [630] pero para cumplir un encargo eres cojo, ciego, mudo, manco, parálítico; decías que te ibas a reír en las mismas barbas de mi padre, yo creí que encomendaba el asunto a una persona que sabe lo que se trae entre manos, y resulta que se lo he encomendado a un adoquín de tamaño natural.

EU.— ¿Qué es lo que debía haber hecho?

CA.— ¿Que qué es lo que debías haber hecho? ¿Encima me lo preguntas? Debías de haber hecho pesquisas, preguntar quién o de dónde era el comprador, de qué familia, [635] si era alguien de aquí o un forastero.

EU.— Decían que era ateniense.

CA.— Por lo menos podías haberte informado de dónde vivía, si es que no podías averiguar su nombre.

EU.— Nadie lo sabía.

CA.— Pues entonces haberte informado de qué aspecto tenía.

EU.— Lo hice.

CA.— ¿Y cómo te dijeron que era?

EU.— Yo te lo diré: canoso, patizambo, barrigudo, mofletudo [640], rechoncho, los ojos tirando

⁵ El Aqueronte, uno de los ríos de las regiones de ultratumba, es en Plauto la sede de los muertos (cf., por ejemplo, *Captivi* 689, 988; *Casina* 448), el reino de Orco, equivalente latino de Hades o Plutón.

a negros, anchas las mandíbulas, los pies un sí es no es planos.

CA.— No me describes una persona, sino un cúmulo de males: ¿tienes todavía algún dato más de él?

EU.— Nada más, que yo sepa.

CA.— Pues sí que no es mala la rociada de males que me ha mandado el tipo ese de las mandíbulas. No lo puedo soportar, estoy decidido a marcharme al exilio. [645] Pero no sé bien qué lugar elegir: Mégara, Eritrea, Corinto, Cálcide, Creta, Chipre, Sición, Zacinto, Lesbos o Beocia.

EU.— ¿Por qué quieres tomar una determinación así?

CA.— Porque me atormenta el amor.

EU.— Pero dime: una vez que te encuentres en el lugar al que te dispones a ir, [650] figúrate que te enamoras y vuelve a salirte mal la cosa. Entonces ¿qué?, ¿vas a huir otra vez de allí y luego otra vez de donde sea si te vuelve a pasar lo mismo? ¿Cuándo vas a encontrar un fin a tu exilio, cuándo vas a dejar de huir? Dime ¿dónde vas a encontrar una patria, un domicilio duradero? ¿Es que piensas que al irte de esta ciudad vas a dejar aquí tu pasión? [655] Si es que estás del todo convencido de que debes marcharte, si estás completamente decidido a ello, ¿cuánto mejor sería irte a donde sea al campo, quedarte allí, vivir allí hasta que te veas libre de la pasión y el amor por ella?

CA.— ¿Has acabado ya con tu sermón?

EU.— Sí.

CA.— Pues lo has soltado en vano. Mi decisión es inquebrantable. Ahora voy a casa para saludar a mis padres: después, sin que lo sepa mi padre, [660] abandonaré la patria o tomaré la resolución que sea. (*Se va.*)

EU.— ¡Qué de repente ha cogido y se ha marchado! ¡Ay pobre de mí! Si de hecho se va, todos dirán que ha sido por culpa de mi incapacidad. Desde luego, voy a alquilar todos los pregoneros de la ciudad para que la busquen, para que la encuentren. [665] Después iré al pretor y le pediré que me proporcione agentes que hagan pesquisas por todas las calles: esta es la única posibilidad que me queda. (*Se va.*)

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

DORIPA, SIRA

DO.— Como mi marido me mandó aviso al campo de que no iría él allí, he actuado yo por mi cuenta, me he venido, para perseguir a quien me huye. [670] Pero no veo a nuestra vieja Sira, que venía conmigo. ¡Ah, sí!, ahí viene por fin. ¡Un poco más deprisa!

SI.— Si es que no puedo, con esta carga tan pesada encima.

DO.— ¿Qué carga?

SI.— Mis 84 años; échale encima la esclavitud, el sudor, la sed; [675] éstas son las cargas que llevo todas juntas y que me agobian.

DO.— (*Acercándose al altar de Apolo, junto a la casa de Demifón.*) Dame algo para que haga una ofrenda aquí en el altar de nuestro vecino, mira, esa rama de laurel. Éntrate tú.

SI.— Sí, ama. (*Entra en casa de Lisímaco.*)

DO.— Apolo, yo te ruego, atiéndeme y ten misericordia de nosotros, [680] concede bienestar y salud a nuestra familia, dignate ser misericordioso con nuestro hijo.

SI.— *Saliendo de casa.* ¡Perdida, muerta soy, pobre de mí, ay, desgraciada de mí!

DO.— Pero ¿estás en tu juicio, por favor? ¿A qué vienen esos ayes?

SI.— ¡Doripa, querida Doripa!

DO.— Por favor, ¿qué son esos gritos?

SI.— Hay una mujer en casa.

[685] DO.— ¿Cómo, una mujer?

SI.— Sí, una golfa.

DO.— ¿De verdad, en serio?

SI.— Eres más lista que lista con no haberte quedado en el campo; incluso un necio podía barruntar que ésa es la amiga de tu lindísimo marido.

DO.— Te aseguro que me lo creo.

[690] SI.— Ven conmigo, que veas tú también a tu Alcmena⁶, la concubina de tu marido, querida Juno.

DO.— Claro que voy, y a toda prisa. (*Entran en casa.*)

ESCENA SEGUNDA

LISÍMACO

El dichoso Demifón este, por si fuera poco el estar enamorado, encima es un derrochador; incluso si hubiera invitado a [695] cenar a diez potentados, aun así ha comprado de sobra. Y a los cocineros, ¡qué manera de dirigirlos! Parecía un patrón de remeros durante la navegación. Yo también he alquilado un cocinero. Me extraña que no haya venido como le dije; pero ¿quién sale de casa?, se abre la puerta.

ESCENA TERCERA

DORIPA, LISÍMACO

[700] DO.— (Sin ver a Lisímaco.) No ha habido ni habrá jamás una mujer más desgraciada que yo, por haberme casado con un hombre así. ¡Ay, pobre de mí! Ahí tienes a qué clase de hombre te has confiado a ti misma y todo lo que posees, ahí tienes al hombre a quien le trajiste una dote de diez talentos⁷ para tener que ver ahora una cosa así, para tener que sufrir tal escarnio.

[705] LI.— (*Aparte.*) ¡Pardiez, muerto soy! Mi mujer está de vuelta del campo: tengo la impresión de que ha visto a la joven en casa. Pero no puedo entender desde aquí qué es lo que dice; me acercaré un poco más.

DO.— ¡Ay, desgraciada de mí!

LI.— De ti no, sino de mí.

DO.— ¡Estoy perdida!

LI.— Pardiez, yo soy el que estoy completamente perdido, pobre de mí; la ha visto: [710] ¡maldito Demifón, los dioses todos te confundan!

DO.— ¡Claro, éste era el motivo por el que no quería ir mi marido al campo!

LI.— (*Aparte.*) ¿Qué otra cosa puedo hacer sino acercarme y hallarle? Se te saluda, querida esposa. ¿Conque la gente del campo por la ciudad?

[715] DO.— Más vergüenza tienen que los que no quieren cuentas con el campo.

¿Es que se porta mal la gente de la finca?

DO.— Desde luego, mejor que los de la ciudad, y mucho menos se la están buscando.

LI.— ¿En qué falta han caído los de la ciudad? Dímelo, que estoy deseando saberlo.

[720] DO.— Lo sabes, pero me quieres poner a prueba. ¿De quién es la mujer que está ahí dentro?

LI.— Pero ¿la has visto?

DO.— La he visto.

LI.— ¿Que de quién es me preguntas?

⁶ Esposa de Anfitríon, de cuya unión con Júpiter nació Hércules.

⁷ Cf. vol. I, nota a *Asinaria* 193.

DO.— De todas maneras terminaré por saberlo.

LI.— ¿Quieres que te diga de quién es? Es, es, caray, pobre de mí, no sé qué decir.

DO.— ¡No sabes por dónde salir!

LI.— ¡No me digas!

DO.— ¿Por qué no hablas?

LI.— Si es que se me permite...

DO.— Ya lo tenías que haber dicho.

[725] SI es que no puedo, te me echas siempre encima como si fuera culpable.

DO.— Sí, desde luego, eres inocente.

LI.— Lo puedes afirmar con toda tranquilidad.

DO.— Venga, habla.

LI.— Ahora mismo.

DO.— Tendrás que decirlo.

LI.— Es... ¿quieres que te diga también su nombre?

DO.— No consigues nada, te tengo cogido en delito flagrante.

[730] LI.— ¿En qué delito? Esa mujer es la...

DO.— ¿La qué?

LI.— La...

DO.— ***⁸.

LI.— Si no fuera necesario, prefería no decirlo.

[732-735] DO.— ¿No sabes quién es?

LI.— Sí, sí que lo sé; se me ha tomado de árbitro en un asunto suyo.

DO.— ¿De árbitro? Sí, ya entiendo, por eso la has tomado de consejera.

LI.— No, sino lo siguiente: me ha sido entregada en depósito.

LI.— Te juro que no es nada de lo que tú crees.

DO.— Mucha prisa te das a disculparte

[740] LI.— (*Aparte.*) Vaya lío en que me he metido. Verdaderamente que no sé cómo salir de él.

ESCENA CUARTA

UN COCINERO, LISÍMACO, DORIPA, SIRA

CO.— (*A sus ayudantes.*) Hale, deprisa, que se trata de una cena para un viejo enamorado; aunque en realidad, si bien lo pienso, es más bien para nosotros mismos para quien vamos a preparar la cena, no para quien nos contrató, que el enamorado, si tiene consigo el objeto de su amor, se alimenta de mirar, [745] abrazar, besar, charlar. De todos modos, yo espero que volveremos bien cargados a casa. Venid por aquí; ah, ahí está el viejo que nos contrató.

LI.— Ahora sí que estoy perdido: ¡el cocinero!

CO.— Aquí estamos.

LI.— ¡Lárgate!

CO.— ¿Qué, que me largue?

LI.— ¡Chist!, ¡largo!

CO.— ¿Que me largue?

LI.— ¡Lárgate!

[750] CO.— ¿Es que no queréis cenar?

LI.— No, ya estamos satisfechos.

CO.— Pero...

LI.— Muerto soy.

⁸ Texto corrupto.

DO.— (*Señalando la cena.*) Tú, ¿es esto también de parte de esos entre los que dices que has hecho de árbitro?

CO.— (*Refiriéndose a Doripa.*) ¿Es ésta la amiga de la que me dijiste que estabas enamorado antes cuando hacías la compra?

LI.— ¿No te callarás?

[755] CO.— Es de clase fina la señora, pero un poco vieja.

LI.— ¿No te largas, maldito?

CO.— No, pues no está mal.

LI.— Pero tú lo estás.

CO.— Ja, seguro que es una compañera estupenda.

LI.— ¿Por qué no te largas? Yo no soy quien te ha contratado.

CO.— ¿Cómo que no? Tú en persona.

LI.— ¡Ay, pobre de mí!

[760] CO.— Y tu mujer está en el campo, que dijiste antes que te era más repelente que una víbora.

¿Que yo te he dicho eso?

CO.— A mí, sí, señor.

LI.— Júpiter me sea propicio, mujer mía, como es cierto que yo no he dicho jamás una cosa tal.

DO.— ¿Encima lo niegas? Bien claro queda ahora la saña que me tienes.

LI.— Sí que lo niego.

[765] CO.— No, no es a ti a quien decía que no podía aguantar, sino a su esposa; su esposa decía que estaba en el campo.

LI.— (*Señalando a Doripa.*) Ésta es ella, ¿a qué me incomodas?

CO.— Porque afirmas que no me conoces; como no sea que es que le tengas miedo a ésa.

LI.— Y hago bien con ello, porque no tengo a ninguna otra.

CO.— ¿Quieres que te lleve a los tribunales?

LI.— No.

CO.— Venga mi salario.

[770] LI.— Ven mañana a por él; se te dará. Pero ahora, lárgate.

DO.— ¡Ay, qué desgraciada soy!

LI.— Ahora sé por experiencia lo verdadero que es ese refrán de que por mala vecindad se pierde la heredad.

CO.— (*A sus compañeros.*) ¿A qué esperamos? Venga, vámonos. (*A Lisímaco.*) Si es que te ha sobrevenido algún contratiempo, la culpa no es mía.

[775] LI.— Que no, dices, me has hecho polvo, desgraciado de mí.

CO.— Ya te estoy viendo las intenciones: lo que quieres es que me marche.

LI.— ¡Digo que sí quiero!

CO.— Todo se andará: dame una dracma.

LI.— Se te dará.

CO.— Entonces da orden de que se me dé, si eres tan amable; se me puede dar mientras que éstos dejan aquí las cosas de la compra.

LI.— ¿Por qué no te largas?, ¿quieres hacer el favor de dejarme ya en paz?

[780] CO.— Hale, dejad la compra ahí delante del abuelo; los cestos mandaré a recogerlos después, o, si no, mañana. ¡Vamos! (*Se marchan.*)

LI.— Seguro que estás extrañada del cocinero, de que haya venido y traído todo esto; yo te explicaré de qué se trata.

PO.— No me extraño ni de tus gastos ruinosos ni de tus desvergüenzas. [785] Pero te juro que no soportaré estar tan mal casada ni que se me meta en mi casa a una cortesana delante de mi vista. Sira, ve y ruégale a mi padre de parte mía que venga en seguida contigo.

SI.— Voy.

LI.— No sabes de qué es de lo que se trata, mujer, por favor; [790] te juro más que jurado que yo con esa mujer nunca... ¿Se ha ido Sira? ¡Muerto soy! (*Se va Doripa.*) Ahora se ha ido mi mujer, ¡ay,

desgraciado de mí! Maldito vecino: los dioses y las diosas todas te confundan con tu amiga y tus amoríos. [795] Ha hecho recaer sobre mí las peores sospechas; me ha creado enemigos dentro de mi propia casa; y no hay otro más encarnizado que mi propia mujer. Voy al foro y le diré a Demifón que, si no se lleva a la chica esta de casa a donde le dé la gana, la cogeré por los cabellos y la pondré en la calle. (*Hablando hacia dentro de su casa.*) ¡Eh, querida!, aunque estés enfadada conmigo, harías mejor en dar orden de que metan todo esto en casa; de paso tendremos así ocasión de cenar luego un poco más a lo grande. (*Se va.*)

ESCENA QUINTA

SIRA, EUTICO

SI.— Mi ama me había mandado a casa de su padre... Resulta que no está: me han dicho que se ha marchado al campo. Voy a dar el recado a casa.

[805] EU.— Agotado vengo de ir a la caza por toda la ciudad: no encuentro rastro alguno de la muchacha... Mi madre ha vuelto del campo, porque veo a Sira delante de la casa. ¡Sira!

SI.— ¿Quién me llama?

Tu amo y tu niño.

SI.— Hola, mi niño.

[810] EU.— Dime: ¿ha vuelto ya mi madre del campo?

SI.— Sí, para bien de toda la casa.

EU.— ¿Qué es lo que quieres decir con eso?

SI.— La bellísima persona que es tu padre ha metido en la casa a una amiga.

EU.— ¿Cómo?

SI.— Al volver tu madre del campo la ha encontrado ahí dentro.

[815] EU.— Caramba, no tenía yo a mi padre por un hombre capaz de tales asuntos. ¿Está la joven todavía ahí dentro?

SI.— Sí.

EU.— Ven conmigo. (*Entra en casa.*)

ESCENA SEXTA

SIRA

¡Ay, qué condición más dura la de ser mujeres, pobres de nosotras, y cuánto más injusta que la de los hombres! Si el marido se echa una amiga a espaldas de su mujer, [820] si es que ella se entera, el marido no tiene responsabilidad ninguna; pero si es que la mujer sale a la calle a espaldas de su marido, sólo por eso tiene ya un motivo para repudiarla. Ojalá que fueran las leyes las mismas para la una que para el otro, porque la mujer, si es buena, se contenta con un solo hombre; [825] ¿por qué no debería también el marido estar contento con una sola mujer? Yo os aseguro que, si se castigara a los hombres cuando se echan una amiga a escondidas de su mujer de la misma manera que se repudia a las mujeres que han caído en un desliz, habría muchos más maridos sin mujer que mujeres sin marido.

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

CARINO

[830] CA.— *(Solo, volviéndose a la puerta, de donde acaba de salir.)* Dintel y umbral de mi casa paterna, yo os saludo y al mismo tiempo os digo adiós; hoy salgo por última vez de mis lares: terminado he, despojado he sido del uso, del disfrute de esta morada, que me ofrecía albergue, manutención y vestido. ¡Muerto soy! Dioses penates paternos, venerable lar familiar, a [835] vosotros os encomiendo la guarda de los bienes de mis padres. Yo marchó en busca de otros dioses penates, otro lar, otra ciudad, otra patria; no quiero saber más del Ática, que en un lugar en el que ves crecer por días las malas costumbres, donde [840] no puedes distinguir los amigos fieles de los traidores, donde se te arrebató lo que constituye para ti el colmo de tus deseos e ilusiones, ahí, en un lugar tal, no desearía yo ser acogido como ciudadano, así fuera un reino entero lo que se me ofreciera. *(Se va.)*

ESCENA SEGUNDA

EUTICO, CARINO

EU.— *(Saliendo de su casa.)* Tú que eres la esperanza de dioses y hombres, soberana nuestra, yo te doy gracias por haber hecho verdad los anhelos de mi corazón. No hay dios que [845] goce de una alegría tan grande como la que yo siento; en casa estaba lo que buscaba, seis bienes he encontrado de compañeros: la vida, la amistad, la patria, la alegría, los pasatiempos y el buen humor, y al encontrarlos a ellos he acabado con todos los siguientes males: enfado, enemistad, tristezas, lágrimas, destierro, necesidades, soledad, locura, ruina, obstinación; [850] ¡oh, dioses!, yo os suplico que me hagáis encontrar a mi amigo sin tardar.

CA.— *(Vestido en hábito de viaje, dirigiéndose al público sin ver a Eutico.)* Aquí veis mi atuendo; renuncio a toda clase de lujos; yo mismo soy mi compañero, mi servidor, mi caballo, mi palafrenero, mi escudero, yo mismo soy mi jefe y obedezco mis propias órdenes, yo mismo llevo auestas las cosas que me son necesarias. [855] ¡Oh, Cupido, qué grande es tu poder!: con tu forma de proceder sabes infundir confianza en los mortales para hacérsela perder acto seguido.

EU.— Estoy pensando adónde puedo ir a buscarle corriendo.

CA.— Estoy decidido a buscarla sea donde sea el lugar a donde se la hayan llevado; ni monte, ni río, ni aun mar habrá que se oponga a mi paso; [860] tampoco temo al frío, al viento o al granizo; aguantaré la lluvia, soportaré la fatiga, el sol, la sed; ni de noche ni de día encontraré tregua ni reposo antes de haber la encontrado o a ella o a la muerte.

EU.— Una voz de quien sea ha llegado a mis oídos.

[865] CA.— Yo os invoco, oh dioses tutelares de los caminos, para que me protegáis en mi marcha.

EU.— ¡Júpiter! ¿No es ese Carino?

CA.— ¡Adiós, queridos conciudadanos!

EU.— ¡Alto ahí, Carino!

CA.— ¿Quién me llama?

EU.— La Esperanza, la Salud, la Victoria.

CA.— ¿Y qué me queréis?

EU.— Ir contigo.

CA.— Buscaros otra compañía, que los compañeros que de tienen en su poder no quieren abandonarme.

EU.— ¿Y quiénes son ellos?

[870] CA.— Las cuitas, la desgracia, la tristeza, las lágrimas, los lamentos.

EU.— Atrás con esos compañeros, vuelve hacia aquí tu mirada y retorna.

CA.— Sígueme, si es que quieres hablar conmigo.

EU.— ¡Alto ahí, en seguida!

CA.— No haces bien en detenerme con la prisa que me llevo. El sol se está poniendo.

EU.— Si como te apresuras en ir hacia allá te apresurarás [875] en venir hacia aquí, obrarías más cuerdamente. El viento favorable sopla ahora en esta dirección, haz virar a la nave; aquí sopla el favonio que trae el tiempo claro, allí el austro lluvioso. El favonio serena el mar, el austro levanta sus olas. Vuélvete a tierra, Carino, y contempla desde aquí: un negro nubarrón y [880] lluvia amenazan —¿no lo ves?— hacia la izquierda; ¿no ves, en cambio, cómo está el cielo de claro y resplandeciente por la parte opuesta?

CA.— Esas palabras me han provocado escrúpulos: me volveré en esa dirección.

EU.— Muy bien hecho, Carino, ven también a mi encuentro, acércate, tiéndeme la mano.

CA.— Tómala, ¿la tienes?

EU.— Sí.

CA.— Ténmela bien.

EU.— ¿Adónde ibas?

CA.— Al destierro.

EU.— ¿Qué es lo que querías hacer allí?

CA.— Lo que los desgraciados.

[885] EU.— ¡Calla! No tengas miedo, verás cómo te restituyo en tu felicidad anterior. La noticia que deseas oír sobre toda otra cosa, ésa vas a oír para tu felicidad. ¡Alto!, yo, tu amigo, vengo con los mejores augurios a tu encuentro: yo sé...

CA.— ¿El qué?

EU.— ... dónde está tu amiga.

CA.— ¿Que tú lo sabes?

EU.— Sí, y, además, que está sana y salva.

CA.— ¿Dónde está sana y salva?

EU.— Yo lo sé.

CA.— Preferible era que lo supiera yo.

[890] EU.— Un poco de calma.

CA.— ¿Qué quieres que le haga, si es una tempestad lo que siento en mi corazón?

EU.— Yo te llevaré a puerto seguro y te pondré a buen abrigo, no temas.

CA.— Eutico, yo te suplico, dime en seguida dónde está, donde la has visto. ¿Por qué te callas?, habla, pobre de mí, me haces morir con tu silencio.

EU.— No está lejos de nosotros.

CA.— ¿Por qué no me la enseñas, si es que la ves?

[895] EU.— Hombre, no es que la esté viendo ahora, pero acabo de verla hace un momento.

CA.— ¿Por qué no me hacer verla a mí?

EU.— Claro que te la haré ver.

CA.— Esa promesa se le hace a un enamorado demasiado larga.

EU.— ¿Todavía tienes dudas? Yo te pondré al tanto de todo. No hay en el mundo otra persona más afecta para mí que quien la guarda ahora, ni a quien yo deba un afecto mayor.

CA.— Sin cuidado me trae ese que dices; ella es la que me interesa.

[900] EU.— De ella es de quien te hablo; sólo es que no se me había ocurrido antes decirte (dónde está).

CA.— Dilo entonces: ¿dónde está?

EU.— En mi casa.

EA.— Hablas en favor de la casa: si es verdad lo que dices, para mí se trata entonces de una construcción de primera. Pero ¿puedo darte crédito?, ¿lo has visto tú mismo o sólo lo sabes de oídas?

EU.— Lo he visto con mis propios ojos.

CA.— Pero dime: ¿quién la ha llevado a vuestra casa?

EU.— ¿Me lo preguntas?

[905] CA.— Así es.

EU.— Realmente, Carino, eres demasiado indiscreto. ¿Qué te interesa a ti quién es el que la ha traído?

CA.— Con tal de que esté ahí.

EU.— Y lo está.

CA.— Dime qué es lo que quieres en pago de esa noticia.

EU.— ¿Y si acepto tu ofrecimiento?

CA.— Le pides a los dioses que te lo concedan.

EU.— Te estás burlando de mí.

CA.— Yo no me quedaré tranquilo hasta que no lo vea. [910] Pero mejor sería quitarme este atuendo. (*Se dirige a la puerta de su casa.*) ¡Eh, que salga alguien aquí inmediatamente y me traiga una capa!

EU.— Muy bien, ahora estoy contento contigo.

CA.— (*Al esclavo que le trae la capa.*) A punto vienes, muchacho, toma la clámide⁹, y espérate aquí, para que, si no es verdad la noticia, pueda emprender el viaje al que estaba dispuesto.

EU.— Pero ¿es que no me crees?

[915] CA.— Yo te creo todo lo que me dices; pero ¿por qué no me haces pasar para que la vea?

EU.— Espera un poco.

CA.— ¿Por qué tengo que esperar?

EU.— No es ahora la ocasión de entrar.

CA.— Me matas.

EU.— No es ahora la ocasión, te digo, de que entres.

CA.— Contéstame: ¿por qué motivo?

EU.— No es oportuno.

CA.— ¿Por qué?

EU.— Porque no le viene bien a ella.

CA.— ¿Cómo que no le viene bien estando ella enamorada de mí y yo de ella? [920] Éste se está burlando de mí como le da la gana; necio de mí por creerle. Me está deteniendo. Tomaré otra vez la clámide.

EU.— Espera un poco y oye lo que te digo.

CA.— Ten la capa, muchacho.

EU.— Mi madre está hecha una furia con mi padre por haberle metido en casa a ojos vista una amiga mientras ella estaba en el campo: [925] tiene las sospecha de que es su amiga.

CA.— Me pongo otra vez el cinturón¹⁰.

EU.— Y está ahora investigándolo dentro.

CA.— Ya tengo de nuevo la espada en mi mano.

EU.— Es que si te hago pasar...

CA.— Cojo el frasco del aceite¹¹ y me marchó.

EU.— ¡Espera, espera, Carino!

CA.— Estás muy equivocado, no conseguirás engañarme.

EU.— Tampoco lo pretendo.

CA.— ¿Por qué no me dejas entonces seguir mi viaje?

[930] EU.— No, no te dejas.

CA.— Yo mismo soy el que me detengo; muchacho, lárgate adentro, aprisa. Ya he subido al carro, ya tengo las riendas en mis manos.

⁹ La clámide era un manto propio de jinetes, soldados y cazadores.

¹⁰ En el cinturón se llevaba el dinero, cf. *Truculentus* 954. HORACIO *Ep.* II 2, 40.

¹¹ Para ungirse los pies.

EU.— No estás en tu juicio.

CA.— ¿Por qué no toman mis pies el camino derecho a Chipre, puesto que mi padre está preparando mi destierro?

EU.— Estás loco, no digas tales cosas, por favor.

CA.— Estoy decidido a seguir adelante con mi propósito [935] de no ahorrar esfuerzos para buscarla.

EU.— ¡Pero si está en mi casa!

CA.— Porque lo que me ha dicho éste es mentira.

EU.— Es verdad lo que te he dicho.

CA.— Ya he llegado a Chipre.

EU.— Ven conmigo, que veas a la que tanto deseas.

CA.— He ido preguntando por ella, pero no la he encontrado.

EU.— Venga, ya dejo de lado el enfado de mi madre.

CA.— Marcho a otro sitio a buscarla. Ahora he llegado a Cálcide, [940] me encuentro allí a un amigo nuestro de Zacinto, le cuento a lo que he venido, le pregunto si la ha llevado allí alguien, si ha oído quién la tiene.

EU.— ¿Por qué no te dejas de esas tonterías y entras conmigo en casa?

CA.— El amigo me contesta que los higos de Zacinto no son malos.

EU.— No ha dicho mentira.

CA.— Pero, por lo que se refiere a mi amiga, afirma [945] que ha oído que está aquí en Atenas.

Eu.— Ese hombre es un Calcante¹².

CA.— Subo al barco y me marchó de allí. Ya estoy en la patria, ya he vuelto del destierro. Salud, amigo mío, ¿qué tal te ha ido?, ¿y mis padres?, ¿están bien los dos, mi madre, mi padre? Me invitas a cenar: gracias, muy amable de tu parte; mañana, hoy mejor en casa. [950] Así es como se debe, así se hace.

EU.— Pero bueno, ¿qué sueños me estás contando? Este hombre no está en su juicio.

CA.— Si es que eres mi amigo, ¿por qué no te apresuras a curarme?

EU.— Ven conmigo, pues.

CA.— Voy.

EU.— Un poco de calma, por favor: me vas pisando los talones, ¿me oyes?

CA.— Ya hace mucho que te estoy oyendo.

EU.— Quiero reconciliar a mis padres; porque es que mi madre está ahora hecha una furia...

CA.— Venga ya.

[955] EU.— ... por causa de tu amiga.

CA.— Venga ya.

EU.— O sea que ten cuidado.

CA.— O sea que venga ya; yo la pondré tan mansa como Juno con Júpiter, si es que lo está.

ESCENA TERCERA

DEMIFÓN, LISÍMACO

DE.— (*Entran por la derecha.*) Corno si tú no hubieras hecho nunca una cosa así.

LI.— Demifón, te juro que nunca; buen cuidado he tenido siempre de no hacerlo. Apenas he quedado con vida, pobre de mí, que mi mujer está toda alborotada por causa de la otra.

[960] DE.— Yo te disculparé para que se le pase el enfado.

LI.— Ven conmigo. Pero veo a mi hijo que sale.

¹² «El mejor de los agoreros, sabedor del presente, el futuro y el pasado, que guió las naves de los aqueos en su marcha a Troya por su don de profecía recibido de Apolo» (*Iliada* 1 69).

ESCENA CUARTA

EUTICO, LISÍMACO, DEMIFÓN

EU.— (*Hablando hacia dentro de la casa.*) Voy a buscar a mi padre para que sepa que ya se le ha pasado el enfado a mi madre. Ahora mismo vuelvo.

LI.— No está mal el comienzo: ¿qué tal, qué hay, Eutico?

EU.— Llegáis los dos que más a punto imposible.

LI.— ¿Qué es lo que pasa?

[965] EU.— Tu mujer ya se ha apaciguado y está a buenas contigo: ¡a estrecharse las manos!

LI.— ¡Los dioses me salvan!

EU.— A ti te comunico que no hay amiga que valga.

DE.— ¡Los dioses te confundan! ¿Qué quieres decir con eso, por favor?

EU.— Yo te lo explicaré, atendedme los dos.

LI.— Somos todo oídos.

EU.— Las personas de buen nacimiento, si son de mal natural, [970] por su propia culpa se hacen indignas de su prosapia¹³ y la desmienten por su conducta.

DE.— Es verdad lo que dice.

LI.— Es a ti a quien se lo dice.

EU.— Por eso es aún más verdadero lo que digo, porque a tu edad no hubiera estado bien que tú le quitases a tu hijo una amiga que había comprado él con su dinero.

DE.— ¿Qué dices, que ella es la amiga de Carino?

EU.— ¡Cómo disimula el muy malvado!

[975] DE.— Él me había dicho que la había comprado de esclava para su madre.

EU.— ¿Y por ese motivo la has comprado tú, novato enamorado, viejo verde?

LI.— ¡Muy bien, sigue! Yo me pondré aquí del otro lado, vamos a hacer caer sobre él los improperios que merece.

DE.— Muerto soy.

LI.— ¡Haber cometido una injusticia tan grande con su hijo sin merecerlo!

[980] EU.— Y que le hice yo volverse a casa cuando se marchaba al destierro; porque estaba dispuesto a expatriarse.

DE.— ¿Y se ha ido de verdad?

LI.— ¿Todavía te atreves a decir palabra, espectro? Más valía que a tu edad te mostraras más remiso en tales artes.

DE.— Lo confieso, he cometido a todas luces una falta.

[983^a] EU.— ¿Todavía te atreves a disculparte, espectro? Mejor te hubiera estado a tu edad el verte libre de esas maldades. A cada edad su cosa, lo mismo que a cada estación del año; [985] ¿adónde iría a parar la república si se permite a los viejos echarse amigas a su edad?

DE.— ¡Ay, desgraciado de mí, estoy perdido!

EU.— Los jóvenes son los que normalmente se entregan a esos menesteres.

DE.— Diablos, por favor, quedáosla ya de una vez, para vosotros ella y todo su bagaje¹⁴.

EU.— Devuélvesela a tu hijo.

DE.— Para él, que se quede con ella: por mi parte, con mil amores.

[990] EU.— A buena hora, después que no tienes posibilidad de otra cosa.

DE.— Que se tome por esta injuria la reparación que le venga en gana; yo os pido sólo que os deis ya por satisfechos, para que mi hijo no esté airado conmigo. Si yo hubiera sabido o si él, aunque hubiera sido por broma, me hubiera dicho que la quería, no hubiera hecho jamás por quitársela estando él enamorado. [995] Eutico, yo te ruego, tú eres su amigo, sálvame, ayúdame,

¹³ Texto corrupto, corregido en este sentido por Lindsay, siguiendo a Colvius.

¹⁴ En el texto latino se utiliza una frase hecha que es muy difícil de traducir con exactitud.

acoge a este viejo bajo tu protección; ya verás que no olvidaré tu beneficio.

(A *Demifón*.) Ruégale que sea indulgente con tus delitos y tu juventud.

DE.— ¿Todavía más? ¡Qué manera tan desconsiderada de atacarme! Espero tener alguna vez la ocasión de poderte pagar en la misma moneda.

[1000] LI.— Yo hace mucho ya que he renunciado a esos pasatiempos.

DE.— Y yo, desde luego, a partir de hoy.

EU.— Inútil; como estás hecho a ello, volverás a las andadas.

DE.— Yo os suplico: daros ya por satisfechos, dadme también de latigazos, si os place.

LI.— Eso no está mal, pero ya se encargará de ello tu mujer cuando se entere.

DE.— No hay necesidad ninguna de que lo sepa.

[1005] EU.— Bien está, no lo sabrá, no temas. Vamos dentro, que no es éste un lugar muy a propósito, no vaya a ponerse al tanto de tu conducta la gente que pasa por la calle mientras que estamos aquí de charla.

DE.— Tienes razón; así será además la comedia un poco más corta. Vamos.

EU.— Tu hijo está aquí en casa.

DE.— Muy bien. Nosotros podemos entrar dando la vuelta por el jardín.

[1010] LI.— Eutico, antes de poner un pie en casa, quiero dilucidar un asunto que me atañe.

EU.— ¿De qué se trata?

LI.— Cada uno a lo suyo. Dime: ¿estás seguro de que tu madre no está enfadada conmigo?

EU.— Seguro.

LI.— ¿Pero de verdad?

EU.— Palabra.

LI.— Bien. Oye, por favor, ¿de verdad?

EU.— Pero ¿es que no te fías de mí?

LI.— Sí, pero, a pesar de eso, tengo miedo, pobre de mí.

[1015] EU.— Entremos.

EU.— Yo creo que es mejor que antes de irnos dictemos una ley para los viejos, por la que quedarán obligados y sujetos; caso de que llegue a nuestro conocimiento que un individuo que haya cumplido los sesenta, ya sea casado o, qué diablos, también sin casar, es un mujeriego, será el susodicho perseguido en virtud de esta ley: decidiremos que ha perdido la cabeza y, [1020] por nosotros, en la indigencia se verá el que disipe su haber. A partir de ahora no prohibirá nadie el amor ni una amiga a su hijo, con tal de que no se extralimite. Si alguien se lo prohíbe, serán mayores las pérdidas que sufra a escondidas que si le hubiera procurado los medios a las claras. Esta ley tendrá vigor para los viejos a partir de esta noche. [1025] Ahora, a seguir bien. A vosotros los jóvenes, si es que aprobáis esta ley, os corresponde, en atención al trabajo de nuestros viejos, el recompensarnos con un fuerte aplauso.